

# Fin de la presencia realista en Venezuela: la Monarquía como patria (1810-1823)

Ángel Rafael LOMBARDI BOSCÁN

Universidad del Zulia, Venezuela  
bucefalo3213@yahoo.es

Fecha de recepción: 08/11/2011

Fecha de aceptación: 02/10/2012

## RESUMEN

La historiografía latinoamericana, y la venezolana en especial, se han dedicado a la glorificación de su pasado independentista (1810-1830). El mito y los héroes están por encima de una comprensión ajustada a los límites de una evidencia documental contrastable y sobre fundamentos críticos. El relato histórico sucumbe a una excesiva ideologización haciendo de la Historia un discurso oficial vinculado a la preservación del status quo; en consecuencia, el pasado termina siendo una especie de “mentira encuadrada”. Recuperar una visión donde se le pudiera dar cabida a otros actores y testimonios pro-realistas es una necesidad perentoria para recuperar un pasado sobre fundamentos más justos y equilibrados. El presente trabajo ofrece un testimonio inédito del quién fuera el principal publicista de la causa promonárquica en Venezuela durante los aciagos años de la guerra: José Domingo Díaz (1772-1834). En éste “memorial”, en forma de informe, destinado al Rey Fernando VII, se señalan las causas de la derrota del partido realista, y las trágicas consecuencias que supuso el derrumbe de la sociedad colonial para sus partidarios. Para muchos venezolanos como José Domingo Díaz: la patria era la Monarquía.

**Palabras clave:** Monarquía, Independencia, Rey, Rebeldes, Realistas, Venezuela, Costa Firme.

## The End of the Realistic Presence in Venezuela: the Monarchy Like Mother Land (1810-1823)

## ABSTRACT

The Latin-American historiography, and the Venezuelan especially, they have devoted themselves to the glorification of his independence past (1810-1830). The myth and the heroes are over an exact comprehension to the limits of documentary evidence contrastable and on critical foundations. The historical statement succumbs to an excessively ideological interpretation of History an official speech linked to the preservation of the status quo, in consequence, the past ends up by being a species of “bound lie”. To recover a vision where it was possible to give him content to other actors and pro-realistic testimonies is an urgent need to recover a past on more just and balanced foundations. The present work offers an unpublished testimony of the one who was the principal publicist of the pro-monarchic reason in Venezuela during the unlucky years of the war: Jose Domingo Díaz (1772-1834). In this one “brief”, in the shape of formless, destined to the King Fernando VII, they indicate the reasons of the defeat of the realistic party, and the tragic consequences that there supposed the precipice of the colonial company for his supporters. For many Venezuelans like Jose Domingo Díaz: the mother land was the Monarchy.

**Key words:** Monarchy, Independence, King, Rebels, Realists, Venezuela, Firm Coast.

## 19 de abril de 1810. A favor del rey

Los mitos son necesarios para que los pueblos se sientan identificados a través de referentes admirativos y simbólicos. Aunque de parte de quienes creemos en la labor del historiador como un asunto profesional y serio esto nos disguste. Hacemos esta acotación porque a partir del año 2010 empezaron las celebraciones de los bicentenarios de las independencias hispanoamericanas<sup>1</sup> bajo el fragor patriótico, y creo propicia la ocasión para situar algunos hechos desde una perspectiva equilibrada y respetuosa de las circunstancias históricas de una transición que nos llevó de Colonia a Republica.

Para empezar, el 19 de Abril de 1810, fecha fundacional de la nueva nación venezolana, carece de los signos libertarios y populares que le han querido otorgar los distintos gobiernos que han pasado luego de la abrupta disolución de la Gran Colombia a la muerte de El Libertador Simón Bolívar en el año 1830<sup>2</sup>. Durante esa histórica jornada, el sector blanco, formado por criollos y españoles, deciden “suspender” a las principales autoridades coloniales encabezadas por el Capitán General, en ese entonces Don Vicente de Emparan<sup>3</sup>. Quienes dirigen el complot con el apoyo abierto de

<sup>1</sup> Desde el momento de la ruptura con España, la cual no fue pactada sino producto de una guerra cruel, los sectores dirigentes venezolanos se empeñaron desde el Estado en convertir a la Historia en una especie de teología fundacional en cuyo epicentro se encuentra Simón Bolívar (1783-1830). La nueva identidad nacional presuponia la abolición de todo vestigio hispano por considerarlo contrario a los ideales republicanos. Este esfuerzo consciente de amputación de toda una herencia, si bien logró sus objetivos, a la larga siempre lució artificioso. Hoy, doscientos años después de esos sucesos, el paso de Colonia a Republica, el culto bolivariano sigue siendo bandera e insignia de quienes ocupan el poder en el país. Es como si esta religión laica del Estado, en realidad un completo mito, confiriere legitimidad y prestigio a los gobernantes ante unos colectivos desprevenidos, aunque condicionados desde la edad escolar, a entonar loas al gran padre de la Patria. Obviamente que desde algunos espacios abiertos por la Democracia iniciada en el año 1958, y en donde las universidades han llevado a cabo un trabajo revisionista de corte historiográfico, se ha podido elaborar un nuevo discurso acerca de nuestro pasado común sobre fundamentos más equilibrados, inclusivos y profesionales. Una obra emblemática de esta corriente la representa: CARRERA DAMAS, G.: *El culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970. Es conveniente hacer notar que ante el discurso oficial prevaleciente e historias adocenadas que sólo ofrecen el encumbramiento de los héroes, existe otro, de tipo académico. Para muestra un botón: la *Colección Bicentenario de la Independencia* bajo los auspicios de una gran alianza entre las principales universidades venezolanas y la Academia Nacional de la Historia. Como complemento a esta tendencia se podrían señalar las obras siguientes: PINO ITURRIETA, Elías: *El divino Bolívar: ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata, 2003; LOMBARDI BOSCÁN, Ángel R.: *Banderas del Rey (la visión realista de la Independencia)*, Maracaibo, Ediciones del Rectorado, 2006; STRAKA, Tomás: *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas, 1810-1821*, Caracas, Bid & co. editor, 2007 y del mismo PINO ITURRIETA, Elías: *Simón Bolívar*, Caracas, Editora El Nacional y Bancaribe, 2009.

<sup>2</sup> La Historia en muchos casos termina siendo encubridora de la realidad. El pasado es tergiversado de acuerdo a una lógica contraria a la veracidad de los hechos. Quién no esté advertido de esta cuestión siempre confundirá la realidad con la ficción. Ya lo decía Orwell: “quién controla el presente controla el pasado”. El problema de la Historia en manos oficiales es que su discurso se elabora sin la menor preocupación por la probidad de los hechos, en última instancia, lo que cuenta, es la ideología y la propaganda.

<sup>3</sup> Vicente de Emparan (1747-1848), militar realista, Gobernador de la Provincia de Cumaná entre 1792 y 1804, y posteriormente designado como Capitán General de Venezuela a partir de 1809. Emparan es un caso paradigmático de un hombre prisionero de las circunstancias y teniendo que remar entre dos aguas. En principio fue nombrado por el Gobierno de José Bonaparte para ocupar el máximo cargo en Venezuela, y a su vez, fue ratificado por los integrantes de la Junta Suprema Central opuesta a los franceses y representante del Rey “secuestrado”, Fernando VII. Fue leal a la Monarquía hispana aunque entró en tratos con quien había

las Milicias, son los mismos actores de la fracasada “Conjura” de 1808<sup>4</sup>. Durante ese Jueves Santo alegan que Emparan es un afrancesado y que como la Metrópoli estaba perdida ante el invasor napoleónico, el “pacto” entre el Rey y su “pueblo” quedaba roto. La soberanía se “traspasaba” al pueblo, y ellos, los cabildantes, de acuerdo a la lógica sociológica del momento, eran el pueblo. Hay que acotar que el “pueblo” dentro de la sociedad colonial hispana estuvo representado por el sector blanco y que la inmensa mayoría de los mestizos, las llamadas castas, conformadas por pardos, indios y esclavos eran actores anónimos dentro de ese entramado social.

Así tenemos que el 19 de Abril de 1810, jornada estrictamente caraqueña<sup>5</sup>, fue un acto llevado a cabo por el sector social más encumbrado para resguardar sus privilegios de clase y atender una situación de anomia en el contexto de la Metrópoli y la rivalidad entre las potencias que participaban de la geopolítica del Atlántico Occidental. Si no, ¿cómo interpretar el título que la Junta se otorgó? (*Junta Suprema Defensora de los Derechos de Fernando VII*).

Por otro lado, la palabra libertad está ausente de todos los documentos que ahí surgieron. El 19 de Abril es un acto pro-monárquico de un sector social auto satisfecho de sus privilegios y condición. En todo caso podríamos otorgarle algún tipo de significado pro autonomista bajo la suposición de que la Metrópoli había abandonado de una manera forzosa a sus hijos americanos, pero nadie habló de Independencia, ni de República ni de Patria. La Patria, en ese momento de la historia, para un súbdito en Venezuela, era la Monarquía de los Borbones.

## La patria es la Monarquía

El realista venezolano José Domingo Díaz, autor de la polémica obra: *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*<sup>6</sup>, publicada en Madrid en el año 1829, elaboró por encargo del General La Torre un extenso informe<sup>7</sup> dirigido al Rey donde presentó la desesperada situación de los partidarios del realismo en Venezuela luego de la derrota en Carabobo el 24 de junio de 1821.

Este documento, aún inédito, es de un gran valor histórico y testimonial ya que permite hacer un recuento crítico de la Independencia de Venezuela desde la perspec-

---

invadido la península. Muchos hombres al igual que Emparan padecieron esta ambigüedad o inconsistencia y la pagaron con creces. Su errática actuación ante el Golpe de Estado llevado a cabo por los miembros del Cabildo caraqueño el 19 de Abril de 1810 sigue siendo motivo de polémica.

<sup>4</sup> Véase, QUINTERO Inés: *La Conjura de los Mantuanos: último acto de fidelidad a la Monarquía Española*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2002.

<sup>5</sup> Es fundamental señalar el carácter provincial y localista de este comienzo de “Independencia” en el caso de lo que en ese entonces se llamaba Capitanía General de Venezuela. Porque otro error de grueso tamaño, que una vieja pero persistente historiografía oficial viene repitiendo, es que al unísono todos los pueblos “venezolanos”: caraqueños, marabinos, llaneros, orientales y guyaneses, compartieron la acción de los cabildantes caraqueños en el “golpe” del 19 de abril de 1810.

<sup>6</sup> DÍAZ, José Domingo: *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1961.

<sup>7</sup> Archivo Histórico Nacional, Madrid (A.H.N.), *Estado*, Leg. 8733-39. *Informe de José Domingo Díaz, venezolano comisionado por La Torre para exponer en la corte española el estado militar y político de Costa Firme*, Madrid, 28 de septiembre de 1821.

tiva realista y en manos de un hombre que estuvo en la primera fila de los acontecimientos, asumiendo importantes responsabilidades<sup>8</sup>.

Al ser un documento reservado al Rey, el autor no cae en las exageraciones y descalificaciones hacia el adversario como era su costumbre en otros documentos públicos. Por el contrario, se muestra muy autocrítico respecto al comportamiento de sus principales compañeros de causa, ya sean estos civiles o militares. Hay en el escrito de Díaz un genuino intento sociológico y psicológico por intentar comprender el comportamiento y las motivaciones de los principales hombres de los partidos que se enfrentaron en Venezuela desde el año 1810, y de querer explicar las razones del “desastre” español cuando hubo indicios favorables en algunas etapas del conflicto de obtener la victoria sobre los insurrectos<sup>9</sup>.

De acuerdo a José Domingo Díaz, dos fueron las causas que explican la guerra de exterminio que se aplicó en Venezuela y que llevó al colapso realista: “*el estado militar del ejército*” y “*la situación política de los pueblos*”. Señalemos sucintamente a que se refieren estos aspectos.

El aspecto militar no hay duda que fue determinante desde que comenzó el conflicto en el año 1810 y éste se fue agudizando hasta llegar a la *Guerra a Muerte* del año 1813 y 1814. Para Díaz y los principales observadores de ese momento, la guerra venezolana fue una contienda civil entre partidos rivales. No hay duda que al comienzo los realistas despreciaron a los mantuanos que se lanzaron a la revolución subestimándoles en sus posibilidades de triunfar en la lucha pro-independentista que emprendían, y que luego de la llegada de Morillo, se mostraron mucho más arrogantes aún<sup>10</sup>. Luego de Boyacá en 1819<sup>11</sup> y Carabobo en 1821 el tono es muy distinto, en

<sup>8</sup> José Domingo Díaz (1772-1834) ha sido una figura defenestrada por parte de la historiografía elaborada por los vencedores de la contienda independentista. Su gran pecado: el haber sido uno de los más acérrimos adversarios del Libertador Simón Bolívar a través de sus punzantes y tenaces escritos. De profesión médico y poseedor de una gran cultura (hablaba el francés e inglés), se atrincheró detrás de la *Gaceta de Caracas*, principal medio impreso para la época, contribuyendo como principal propagandista a favor de la causa de la Monarquía durante los años en que duró la contienda. Sus enemigos le tildaron de ser nada más y nada menos que el *Boves de la pluma*. Para un acercamiento un tanto vindicador sobre la vida y trayectoria de José Domingo Díaz, véase: RAMÍREZ MARTÍN, Susana M.: «José Domingo Díaz, un médico venezolano al servicio de la causa realista», en *Congreso Internacional 1810-2010: 200 años de Iberoamérica (XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Santiago de Compostela, 15-18 de septiembre de 2010)*, pp. 149-166, halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/52/92/50/PDF/AT2\_Ramirez.pdf

<sup>9</sup> No hay duda que con el arribo del Ejército Expedicionario de la Costa Firme bajo el mando del General Don Pablo Morillo en el año 1815, se pensó muy seriamente en que la “guerra” americana en contra de los insurrectos podía haberse ganado. Ahora bien, la inmensidad del Atlántico y la escasez de medios militares, en forma de refuerzos constantes, echaron al traste con esa posibilidad.

<sup>10</sup> Un capítulo olvidado de la guerra fue el de la participación popular. Las llamadas castas o grupos sociales inferiores constituían el grupo más numeroso de la población. Y los vencedores, luego de la contienda, no dudaron en reinventar hechos y situaciones que le justificasen. Uno de esos inventos, hoy en día, con carta de identidad propia, ha sido el de considerar que los sectores populares se alinearon al lado de los independentistas. Monteverde y Boves junto con las huestes que lograron acaudillar, en los primeros años de la guerra, pueden desmentir esto.

<sup>11</sup> La Batalla de Boyacá se libró en suelo neogranadino el 6 de agosto de 1819. Y no me cabe la menor duda de que el triunfo militar de Bolívar sobre Barreiro, luego de una audaz tramontada sobre lo más escarpado de la fría cordillera andina, tuvo un efecto decisivo para inclinar la contienda a favor de los republicanos. Boyacá inicia lo que posteriormente se sellaría en la Batalla de Ayacucho en 1824: el fin del Imperio hispano en América luego de tres largos siglos.

realidad, lúgubre. La percepción de la realidad ha cambiado y se empieza a reconocer lo que años atrás era un imposible. Un mundo y sociedad idealizados que ahora se pierden por el furor revolucionario; una patria, la americana, que se reconoce al lado de la Monarquía hispana pero que ahora se hace llamar Colombia. Díaz aprovecharía la misión que le encomendó La Torre para quedarse hasta su muerte en la Madre Patria, salvo un breve interludio en la isla de Puerto Rico, carcomiendo sus frustraciones de venezolano español en el exilio, lejos de su país de nacimiento. José Domingo Díaz va a inaugurar los casos trágicos de venezolanos, que por razones ideológicas en el ámbito político, tuvieron que abandonar el país para evitar con ello la persecución y la muerte. La Independencia de Venezuela como conflicto civil tuvo un costo tremendo sobre los llamados venezolanos españoles cuya lealtad hacia la Monarquía fue algo irreductible.

Ocho años de una guerra fratricida la más desastrosa que jamás tuvo el género humano, y diez de turbaciones que habían corrompido la moral pública y roto los más fuertes vínculos de la sociedad, habían dejado en mi patria solo las sombras de los que había sido en sus días de prosperidad. Sesenta mil hombres muertos con las armas en la mano; las costumbres militares apagando el amor a la agricultura; ésta disminuida de un modo asombroso; el comercio casi exánime; el odio de los partidos siempre en aumento, procurando reacciones más violentas, y aprovechando los momentos y ocasiones de nuevas venganzas y males; la ociosidad producida y conservada por la esperanza de la ganancia en el desorden del violento tránsito de un gobierno; el peligro continuo y probable; la desconfianza pública, todo hacía que la destrozada Costa Firme no fuese capaz de cubrir una parte de los gastos del ejército a pesar de sacrificios casi incompatibles con su miseria<sup>12</sup>.

Las causas de la derrota se atribuyeron al abandono en que estuvo el Ejército Expedicionario por parte de la Metrópoli. Sin reemplazos, ni suministros, abandonados a su suerte ante las inclemencias del trópico caribeño, el número de efectivos europeos empezó a disminuir rápidamente. Y si a esto le sumamos que la oficialidad realista, mayoritariamente española, desconfió siempre de los reclutas americanos, podemos establecer que si no fuera por la población civil americana que estuvo apoyando fervientemente a su Rey español la guerra no hubiera durado tanto tiempo.

Cuando se marchó Pablo Morillo<sup>13</sup> en diciembre de 1820 y se firmó el Armisticio para la Regularización de la Guerra (27 de noviembre de 1820)<sup>14</sup>, una sensación de

<sup>12</sup> A.H.N., Estado, Leg. 8733-39. Informe de José Domingo Díaz..., op. cit. (nota 7).

<sup>13</sup> Pablo Morillo (1775-1837), militar español conocido como *El Pacificador*. Su biografía aún está por hacerse, ya que desde la perspectiva del triunfador prevalece el cliché, como antagonista de Bolívar, de representar al mal. Lo cierto del caso es que Morillo fue un militar competente y ofreció demostraciones de valentía y pundonor en las duras circunstancias de los escenarios tropicales de la guerra. Además, mientras se mantuvo en la Costa Firme, entre los años 1815 y 1820 mantuvo el territorio libre, rechazando una y otras vez, las incursiones de los republicanos. Su regreso a España, luego de la firma del armisticio, supuso un golpe mortal a las aspiraciones del realismo en ganar la guerra.

<sup>14</sup> El Armisticio de 1820, y el posterior encuentro "fraternal" entre Morillo y Bolívar en un pequeño pueblo andino venezolano de nombre Santa Ana, en el actual Estado Trujillo, vino a representar un punto de inflexión en la guerra de independencia venezolana iniciada en el año 1810. La nueva política liberal en la Metrópoli se planteó la vía de la negociación para persuadir a los "rebeldes" americanos a un gran acuerdo fundamentado en la reconciliación. Sólo que desde España había en ese entonces un gran desconocimiento

incertidumbre estuvo presente entre los realistas. Las noticias sobre el nuevo gobierno liberal y el cambio de la política ultramarina eran confusas. Miguel de La Torre<sup>15</sup> confió en hacer indefinido el acuerdo de paz y para ello organizó una Junta de Pacificación que la actitud triunfalista republicana convirtió en obsoleta. Bolívar, obviamente no renovó el armisticio, y la guerra se reanudó con grandes desventajas para los españoles. Muchas voces salieron proclamando traición y falta de nobleza por parte de los republicanos. Inmediatamente se tuvo conciencia que el armisticio había sido una hábil estratagema del caraqueño para ganar un tiempo valioso en la preparación de la victoria decisiva. Las desertiones dentro de las filas realistas fueron mermando sus efectivos y sobre todo la moral del guerrero; Bolívar había invitado a los oficiales españoles a la rendición de sus unidades a cambio de un trato de caballeros basado en el honor y el respeto a la vida. Muchos fueron los que accedieron embarcarse con sus unidades hacia el exterior, como en el caso del Brigadier Pereira. La capacidad anímica y efectiva del Ejército Expedicionario había llegado a su punto más bajo.

Los conflictos, rivalidades, celos y envidias entre los principales líderes militares fue un constante quebradero de cabeza para Monteverde<sup>16</sup>, Ceballos<sup>17</sup>, Cagigal<sup>18</sup>,

---

acerca de la situación entre los beligerantes, y salvo la retórica de las buenas intenciones, se carecían de los más mínimos medios materiales para acompañar los nuevos ofrecimientos sobre bases creíbles. Bolívar, sólo accedió al Armisticio para obtener dos ventajas decisivas a su causa: la primera, obtener el reconocimiento como un beligerante legítimo representante de un Estado y Nación distinto al hispano; y segundo: ganar tiempo para rehacer sus fuerzas y asestar el golpe de gracia sobre Venezuela a través de una batalla decisiva, tal como ocurrió en Carabobo el 24 de junio de 1821.

<sup>15</sup> Miguel La Torre (1786-1843), segundo oficial realista en importancia después de Morillo. Le sucede a éste en el mando del Ejército Expedicionario de la Costa Firme a partir de enero de 1821. Si bien fue un valiente militar, no poseía la ascendencia ni la pericia de Morillo.

<sup>16</sup> Domingo de Monteverde (1773-1832), jefe militar realista, causante de la caída de la llamada Primera República (1811-1812), y el primero en establecer un gobierno militar en Venezuela insubordinándose en contra de sus superiores inmediatos. Este jefe español representa a nuestro entender uno de los primeros eslabones del fenómeno personalista y de corte caudillista en nuestro país.

<sup>17</sup> El Brigadier José Ceballos fue el principal jefe militar español en el distrito de Coro, territorio en el occidente del territorio venezolano. Junto con Cagigal y Miyares, Gobernador de la Provincia de Maracaibo, fueron nombrados por la Regencia en el año 1811 como las autoridades legítimas en el país, y las responsables de comandar la contrarrevolución. Domingo de Monteverde les desconoció y por muy poco estuvo planteado la posibilidad de un enfrentamiento fratricida entre las mismas tropas y partidarios del Rey.

<sup>18</sup> Juan Manuel de Cajigal y Martínez (1757-1823), Mariscal de Campo, y tan efímero como trágico, Capitán General de Venezuela, luego de la caída de Monteverde en el año 1813 ante el triunfo de Bolívar luego de la llamada Campaña Admirable. José Tomás Boves (1782-1814), un asturiano dedicado al contrabando en los extensos llanos del Sur del país, se convertiría en el principal jefe y caudillo de la llamada: "Legión Infernal", fuerza formidable de 10.000 llaneros a caballo que acabaría con Bolívar y la llamada Segunda República en el año de 1814. Boves desconoció a Cagigal y fue un insubordinado permanente a la autoridad legítimamente constituida. En la guerra venezolana, primitiva y encarnizada, todos los referentes asociados a la autoridad quedaron dramáticamente abolidos, sólo la impunidad y la brutalidad del más fuerte lograba imponer su ley.



Moxó<sup>19</sup>, Morillo y La Torre. Los jefes como Morales<sup>20</sup> que venían de la vida civil fueron menospreciados por los “profesionales” como La Torre; a la vez, los soldados “informales” como Morales no disimulaban su animadversión hacia algunos jefes europeos incapaces de dar la talla en el tipo de guerra que se practicaba en las inmensidades de Venezuela sin reparar en la idiosincrasia de los combatientes. Otro punto de fricción se produjo entre quienes preconizaron una guerra sin cuartel, de exterminio, contra los republicanos; mientras que otros fueron favorables a un trato mucho más civilizado de acuerdo a los preceptos de una guerra regular. Como ya hemos visto, en Venezuela se llegó muy tarde a una regularización del conflicto; ya todo el mal llevado a cabo por la “Guerra a Muerte” se suponía irreparable.

Díaz dejó claro en su informe el contrasentido, aunque no haga mención explícita de ello, de enviar un ejército pacificador a “*hacer la guerra a los vasallos rebeldes*” abandonándole a su suerte sin ofrecerle un constante apoyo hasta haber culminado su objetivo.

La situación política de los pueblos es para José Domingo Díaz la argumentación central de su informe al Rey. Dos partidos han sido los que han pugnado entre sí arrastrando al resto de la población; dos elites blancas “ilustradas”, es decir, con educación y posibilidades económicas, una realista y la otra criolla, enfrascadas en un conflicto visceral alimentado por el odio y las venganzas.

Para este venezolano realista, el pueblo formado por los sectores sociales “inferiores” de la sociedad colonial venezolana nunca tuvo una “opinión” de peso sobre el curso de la guerra y la defensa de sus particulares intereses de grupo y clase social. El mito que se ha elaborado estableciendo un protagonismo histórico de parte de los sectores populares durante la independencia hay que atribuírselo al afán de los vencedores, que luego de la guerra, aspiraron alcanzar algún grado de legitimidad en el usufructo del poder con relación a esa masa tradicionalmente excluida y explotada. Ni siquiera Boves puede ser visto como un revolucionario social capaz de obtener beneficios tangibles para sus tropas pardas y llaneras dentro del ámbito institucional propio de la colonia; o considerar, que de no haber muerto en Úrica, iba a plantear un marco social, político y económico alternativo. Sinceramente, no tenemos ninguna prueba de ello<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> Don Salvador de Moxó, otro Mariscal de Campo, cuya historia está aún por escribirse. Acompañó a Pablo Morillo en su arribo a la Costa Firme en el año 1815, fue nombrado Gobernador político-militar de Venezuela en el año 1816 mientras Morillo se trasladó al Virreinato de la Nueva Granada para sitiar la fortaleza de Cartagena y dejar libre ese territorio de rebeldes. En ese ínterin, Moxó en Venezuela permitió que las fuerzas republicanas volvieran a la actividad reconquistando fundamentales zonas en el oriente y sur del país. Además, fue acusado por sus propios partidarios, de pusilánime y corrupto. Huyó del país antes del regreso de Morillo y con ello se evitó el castigo.

<sup>20</sup> Francisco Tomás Morales, canario, (1781-1845), proveniente del mundo civil, acompañó a Boves en sus tropelías. Audaz jefe guerrillero que llegó a convertirse en el último Capitán General de Venezuela sucediendo a Miguel de La Torre.

<sup>21</sup> Boves sigue hechizando a muchos autores que le consideran una especie de redentor vengador de los excluidos de entonces; y lo que más llama la atención es su condición de español perdido en los llanos aunque logrando mimetizarse con el medio. Su peregrinaje al frente de la “División Infernal” junto con 10.000 llaneros le llevó a derrumbar los cimientos de la llamada II República presidida por Bolívar. En un estricto sentido, la cruzada de Boves, de carácter étnico/racial, se parece más bien a los delirios de un hombre malsano prisionero de íntimos e irreparables rencores.

Otro mito muy presente entre los venezolanos de hoy en día es señalar a los negros esclavos como decididos partidarios de los ejércitos de Bolívar por una vaga promesa de libertad que éste hizo pública en el año 1816. El sentido común y las evidencias documentales nos dicen que esos esclavos no tenían conciencia de un programa político propio que –como clase social– pudiera estar representando todas sus aspiraciones en obtener la libertad de sus directos opresores. Para los negros esclavos en Venezuela las dos elites blancas eran igualmente opresoras; e indistintamente fueron manipulados para servir en los ejércitos de uno y otro. Para un hombre que aceptó los postulados de una sociedad de Antiguo Régimen, como Díaz, el orden jerárquico desde el punto de vista social y étnico era algo natural y “benigno”; cada hombre debía aceptar el destino que su condición de nacimiento le imponía. Este orden social estaba sancionado por Dios y el Rey y representaba un “orden perfecto”<sup>22</sup>.

Cuando hablo a V.E. de este pueblo con respecto a opiniones y partidos, no entiendo por pueblo sino a los hombres de alguna ilustración o los que tienen que perder, o los bien ocupados padres de familia, y a los que no están incluidos en las clases más abatidas. El populacho de Venezuela compuesto de algunos blancos viciosos y despreciables y de la mayor parte de los pardos, indios, zambos y negros, no tiene opinión alguna, ni sigue decididamente un partido por inclinación, convencimiento o virtud. Toma aquel que le proporciona más licencia y medios del pillaje y de la satisfacción de sus más vergonzosas pasiones, y le abandona tan pronto como desaparecen sus esperanzas. Los mismos que en 1813 y 1814 fueron valientes españoles en La Puerta, Urica y Maturín bajo las banderas de Boves, fueron también después los que formarían la célebre caballería del disidente Páez. Sin embargo por fortuna de mi patria no es universal esta conducta, hay algunos en las castas honrados, constantes y virtuosos; y solo los negros esclavos han tenido generalmente la gloria de dar un ejemplo heroico de virtud y sabiduría, manteniéndose firmes contra el estímulo de su libertad tantas veces ofrecida y otras tantas despreciada. Allí existen hasta el presente conociendo el precio de la verdadera felicidad de su condición en Venezuela, ocupándose en sus moderadas tareas de la agricultura, gozando tranquilamente sus propiedades; habitando en sus hogares; y solo cediendo a la fuerza hasta el momento de poder escapar para volver a ella<sup>23</sup>.

La apología a la esclavitud que hace Díaz puede escandalizarnos en el presente; pero hace doscientos años era asumida como una institución “normal” y de fundamental utilidad como soporte del aparato productivo agrícola. Algunos jefes dentro del campo realista como Ceballos, principal Jefe en el Distrito de Coro, bien entendieron que el problema social y étnico era fundamental tratarlo para captar el apoyo

<sup>22</sup> Es un error común estudiar épocas pasadas bajo nuestros propios prejuicios en el presente. Es frecuente que la filosofía o ideología que profesamos nos lleven a estudiar hechos, hombres y circunstancias pasadas con un afán calificador haciéndonos jueces. Sin darnos cuenta de que nuestras ideas preconcebidas anulan todo intento de comprensión basados en el respeto fidedigno al contexto histórico pasado. Ahora bien, vamos a estar claros, como hombres pertenecientes al siglo XXI y bajo postulados humanistas hoy por hoy vigentes, la institución de la esclavitud fue algo a todas luces condenable, y moralmente, injustificable. De hecho, ha sido uno de los grandes lunares de la historia humana desde que el hombre lleva a cabo su andadura por este “valle de lágrimas” según el precepto bíblico.

<sup>23</sup> A.H.N., *Estado*, Leg. 8733-39. *Informe de José Domingo Díaz...*, op. cit. (nota 7).



de esos sectores al lado del bando del Rey. Aunque obviamente, ni Morillo ni La Torre, militares sin experiencia política, fueron incapaces de percibir lo crucial que fue este asunto en el desenlace de la guerra.

Es muy interesante cómo Díaz explicó las últimas operaciones militares del año 1821 que pusieron fin a los últimos esfuerzos realistas por ganar la guerra. La retirada de Morillo a la península, en los meses finales del año 1820, fue un hecho casi decisivo para quebrar el dispositivo militar que éste había logrado erigir con inusitado éxito.

Cuando el General José Francisco Bermúdez<sup>24</sup> llevó a cabo la operación de distracción<sup>25</sup> sobre el centro del país nadie esperó que dicho movimiento fuera a ser capaz de amenazar a la misma capital. No obstante el elemento sorpresa y la mala distribución de las fuerzas españolas dentro del dispositivo defensivo que La Torre dispuso, hizo posible lo impensable. Las fuerzas realistas que guarnecían el centro del país, ante una hipotética invasión por el este, fueron completamente desbordadas y la capital fue ocupada; pero antes de que esto ocurriera las noticias de los sucesivos descalabros trajeron el pánico entre la población capitalina y los saqueos empezaron a tornarse en extremo peligrosos.

Sírvase V.E. permitirme que no aflija ni moleste la sensibilidad exquisita de S.M. con presentar el espectáculo de Caracas en aquella horrible noche S.M. sufriría inmensamente al considerar a millares de sus fieles súbditos corriendo atónitos a los montes, a lo interior de la provincia, y al puerto de la Guaira. Niños ancianos, mujeres, enfermos, familias abandonadas a su suerte en medio de un populacho entregado al saqueo y al pillaje de las propiedades de los leales, la confusión, la anarquía, los momentos suspirados por una parte de los amantes de la revolución<sup>26</sup>.

Fueron en realidad Bermúdez y Soublatte<sup>27</sup> quienes restituyeron el orden en la capital y pudieron tranquilizar a los realistas garantizándoles el respeto a lo estipulado en el Tratado de Regularización. Contra todo pronóstico una contraofensiva realista liderada por el Coronel José Pereira pudo recuperar la capital y momentáneamente tranquilizar a su población, partidaria aún del Rey. En El Calvario, el 23 de junio, Pereira obtuvo una victoria muy importante sobre las fuerzas de Bermúdez, aunque

<sup>24</sup> José Francisco Bermúdez, (1782-1831), militar oriental partidario de la Independencia y uno de los jefes fundamentales de la contienda. Junto con Santiago Mariño y Juan Bautista Arismendi conformó una alianza fundamental con Bolívar, no exenta de tensiones y fracturas, que permitió coronar en victoria tantos sacrificios y adversidades. Bermúdez fue considerado como uno de los más diestros jefes en la dirección de los cuerpos de infantería.

<sup>25</sup> Luego del Armisticio, el cual no es renovado y se rompe por la ocupación de las tropas republicanas sobre Maracaibo en enero de 1821, acto éste considerado como pérfido por parte de La Torre, y el cual contravenía lo acordado, las hostilidades se reiniciaron. La Torre entonces confía en el dispositivo que Morillo le legó alrededor del pie de monte de la cordillera central alrededor de Valencia y Caracas, mientras que Bolívar concentra todas sus fuerzas en San Carlos, poblado en el centro occidental, para luego confluír hacia Valencia y librar lo que sería la batalla decisiva. Dentro de ese plan había que llevar a cabo una acción de distracción que pudiera hacer dividir a las fuerzas realistas, acción ésta que se le encomienda a Bermúdez y los soldados orientales, con un total, como inesperado éxito.

<sup>26</sup> A.H.N., *Estado*, Leg. 8733-39. *Informe de José Domingo Díaz...*, op. cit. (nota 7).

<sup>27</sup> Carlos Soublatte, (1789-1870), General venezolano, miembro del Estado Mayor de las fuerzas comandadas por Bolívar, y uno de los más fieles colaboradores del Libertador.

en ese mismo momento y en otro escenario cercano se estaba a punto de librar un encuentro que decidiría la suerte de la guerra en Venezuela: la Batalla de Carabobo.

Díaz se sorprende en su informe al Rey de la inesperada acción de la caballería de Morales, que apenas iniciada la carga se puso en fuga; igualmente presentó el ya mítico relato que salvó el honor español a pesar de la derrota, cuando el primer batallón del Valencey llevó a cabo una ordenada retirada rechazando todas las cargas de los enemigos hasta llegar al refugio de Puerto Cabello. La cara de la derrota fue contrastada con la cara del triunfalismo que embargó a los partidarios del realismo en 1815.

Los cuerpos de infantería del Ejército se dispersaron entonces, y el primer batallón de Valencey emprendió su retirada hacia la ciudad de Valencia y Puerto Cabello, burlándose de todo el ejército enemigo que le cargó sin cesar, y causándole una pérdida considerable. El entró en Puerto Cabello el 25 y sucesivamente un asombroso número de dispersos, cuya vista excitaba un contraste singular comparando aquellos soldados destrozados y exánime con los que miramos arribar a nuestras costas en mayo de 1815<sup>28</sup>.

El 29 de junio Bolívar hizo su entrada en Caracas y los restos esparcidos de las divisiones realistas trataron de dirigirse desesperadamente hacia el refugio de Puerto Cabello y hacia el interior de los llanos en el sur. La Torre a pesar de todo intentó algunas acciones de distracción hacia Coro<sup>29</sup> buscando resguardar los cuerpos de Pereira, que como ya es sabido, aceptaron capitular en La Guaira. Quienes resistían en Cumaná también habían capitulado y la desesperanza más agria fue el sentimiento que embargó los ánimos de los partidarios del Rey.

De acuerdo a las impresiones de José Domingo Díaz en ese trágico momento en que la derrota ya era algo inevitable, Bolívar, luego de la victoria, llegó a temer un desbordamiento de las castas a través de una guerra de “colores” que terminaría con el exterminio de la población blanca<sup>30</sup>. La sociedad colonial de origen hispano llega-

<sup>28</sup> A.H.N., *Estado*, Leg. 8733-39. *Informe de José Domingo Díaz...*, op. cit. (nota 7).

<sup>29</sup> El Teniente Coronel Pedro Inchauspe insurreccionó a Coro cuando ya este distrito estaba en poder de los republicanos el 12 de julio de 1821. El Gobernador republicano Juan Escalona fue derrotado en sucesivos encuentros pero pronto sería reforzado con nuevos destacamentos de soldados; situación ésta que obligó a La Torre a emprender una salida desde Puerto Cabello para venir a reforzar a los de Coro. El 12 de diciembre de 1821 La Torre desembarcó en Los Taques con 450 soldados y logró hacer capitular a las fuerzas republicanas que le resistieron. La Torre dejó al frente de Coro al oficial Tello y se reembarcó hacia Puerto Cabello. Más tarde ordenaría a Morales que apoyara a los corianos organizando una ofensiva en dirección a Maracaibo. Los nuevos refuerzos realistas llegaron en marzo de 1822 a Coro y el 22 Morales emprendió una rápida marcha hacia los Puertos de Altagracia. Fuerzas republicanas desde Barquisimeto, al mando de Soubllette y otros oficiales, procuraron recuperar Coro y cortarle las espaldas a la columna de Morales que se tornaba peligrosa ante la vulnerabilidad de los marabinos y su ciudad. Hasta julio de 1822 Morales logró mantener ocupadas a las fuerzas republicanas que se enviaron en su contra; ya en ese entonces se le había notificado que, ante la marcha del Mariscal de Campo Don Miguel de La Torre hacia Puerto Rico, debía hacerse con el mando supremo de lo que quedaba del Ejército realista de la Costa Firme.

<sup>30</sup> Esta suposición que hace Díaz es muy acertada, de hecho, Bolívar accede a la Dictadura personal, contraviniendo su ideario liberal al percibir en su entorno una realidad discolá formada por ejércitos desocupados y caudillos militares exigiendo sus respectivas recompensas. La anarquía es el tono de un momento en que la euforia de la victoria empezó a desvanecerse y en donde las premisas sociales acerca de una igualdad mediante decretos formaron parte de buenas intenciones que no pudieron convalidarse en la realidad. Ahora, con la República, los hombres eran “libres” aunque se mantenían en el cautiverio de

ba a su fin y un nuevo orden llegaba a sustituirle; el miedo natural que todo cambio genera hizo pensar a los realistas que la “época dorada” que habían idealizado se había consumido inexplicablemente en una guerra intestina (“*guerra de exterminio*” y “*odio de los partidos*”) de la cual España estuvo prácticamente ausente. Monteverde había hecho la contrarrevolución del año 1812 con soldados americanos fundamentalmente; Boves en 1814 acaudilló a 8.000 zambos, indios y negros que esparcieron el terror indistintamente entre los blancos realistas y los republicanos. La anarquía que generó Boves y su cuestionamiento radical a las jerarquías tradicionales pudo acabarse en un principio con el arribo de Morillo y su cuerpo de europeos en 1815. Pero estos batalladores veteranos que habían logrado derrotar a los invencibles ejércitos del emperador de los franceses poco pudieron hacer con las terribles condiciones geográficas y climáticas del trópico caribeño. Pocos se dieron cuenta de la fallida experiencia del ejército expedicionario francés (58.000 soldados) enviado en 1802 a reprimir a los haitianos y que fue exterminado por la fiebre amarilla.

Morillo y La Torre nunca tuvieron confianza en los soldados del país, y creyeron que los refuerzos peninsulares que una y otra vez solicitaban iban finalmente a venir y decretar el triunfo peninsular sobre los sublevados. Esta errónea suposición significó una lenta agonía por parte de las tropas realistas que fueron incapaces de enmarcar la política represiva dentro de un plan de reformas sociales que no les enajenara el apoyo de la opinión pública. Los abusos y arbitrariedades en el contexto de una guerra de exterminio estuvieron en el orden del día; y llegó un momento en que sólo el más fuerte, más bárbaro y cruel podía aspirar ganar reduciendo al otro.

El paso de colonia a república fue traumático y desgarrador para todos los implicados en esa gran carnicería que fue la Independencia de Venezuela<sup>31</sup>. Ni siquiera los vencedores pudieron actuar de acuerdo a los preceptos de la filosofía liberal que les inspiraba. En realidad todo se tornó sombrío y confuso; los “libertadores” se asumieron en los nuevos amos de las nuevas naciones e interpretaron los designios nacionales a la medida de sus particulares intereses<sup>32</sup>. La historia reciente tuvo que ser reescrita no tanto de acuerdo a lo ocurrido sino como justificación de los nuevos poderes que sustituyeron a los funcionarios imperiales. Bolívar y sus proyectos ilustrados quedaron barridos por una realidad constituida por gentes y líderes con resistencia al cambio y cortos de mira. La nueva idea de nación empezó por tropezarse con la vieja y resistente idea de región y provincia. Federalistas pugnaron con centralistas y los grandes ideales republicanos dieron paso al más descarado pragmatismo.

---

la injusticia y la pobreza. La desconfianza de Bolívar acerca de la incapacidad de los nuevos ciudadanos es puesta de relieve por PINO ITURRIETA, Elías: *Nada sino un hombre. Los orígenes del personalismo en Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa, 2007.

<sup>31</sup> No contamos con las cifras exactas de las víctimas, aunque un estimado que se hace es que aproximadamente 200.000 personas, fundamentalmente civiles, perecieron en la larga contienda, llegando a representar al 20% del total de la población de la Capitanía General de Venezuela junto con todas sus provincias.

<sup>32</sup> “Los libertadores nos libertaron, ahora quien nos libera de los libertadores”, frase ésta que empezó acuñarse en la América del Sur a lo largo del siglo XIX para demostrar como los antiguos héroes de la emancipación ahora se tornaban en abusivos caudillos y presidentes con anhelos vitalicios de las nuevas naciones.

Un Bolívar vilipendiado, y que muere bajo el estigma de ser considerado traidor y tirano, es recuperado en 1842 para la elaboración del mito fundacional que confiere la identidad de los venezolanos<sup>33</sup>. España, la enemiga, es rápidamente olvidada y negada.

José Domingo Díaz tiene una apreciación de este final de época no muy lejano a lo que posteriormente va a ocurrir. Sobre Bolívar, a quien dedicó furiosas palabras a lo largo de su militancia periodística dentro de las filas realistas, lo consideró un hombre ávido de gloria y con la tentación de coronarse en Rey, Emperador o Dictador. Avizó el cúmulo de circunstancias que iban a contradecir las aspiraciones de orden y paz de Bolívar y los vencedores; de la misma manera que consideró una contradicción hacer la Independencia para contribuir al encumbramiento de las castas en detrimento del sector criollo blanco.

A pesar de la derrota, Díaz es persistente en la idea de recuperar su “mundo feliz”: su patria española en América. Y a pesar de lo inevitable de la pérdida de Venezuela, siguió creyendo que la larga distancia que impone el Atlántico, era la principal causa que tenía reducida toda esperanza de salvación en los numerosos venezolanos aún fieles al Rey. Además, fue firme su convicción, en el sentido, de que la pronta llegada de funcionarios competentes y honestos en América, reverterían la situación en los territorios cedidos al enemigo.

Los sucesos posteriores acabaron con todas las esperanzas de Díaz en volver a la patria; pero aún así no se amilanó y volvió a retomar la pluma para elaborar el documento testimonial más significativo de la Independencia de Venezuela desde la posición de los partidarios del realismo<sup>34</sup>. Su obra finaliza de la siguiente manera:

Me he separado para siempre de mi patria, pero mis recuerdos están en ella. No me es posible olvidar mi país natal, el país más hermoso del universo entero, en donde pasaron las mejores edades de mi vida y en donde reposan para siempre los restos mortales de la mayor parte de mi familia, de mis amigos y de mis más queridos condiscípulos. Es su felicidad uno de mis primeros deseos, pero no pudiendo ella existir sino bajo del gobierno de nuestros soberanos, el día de su restauración será el más alegre de toda mi vida, descendiendo después al sepulcro con aquel placer que me inspirará la certidumbre de que es feliz.

Con tan graves fundamentos, debo repetir que he cumplido con mis deberes<sup>35</sup>.

Muy lejos de nosotros la tentación de juzgar a José Domingo Díaz por la implacable defensa que hizo del Rey, por el contrario, hemos valorado su testimonio histórico como uno de los más completos sobre esos terribles años de lucha. Es más que evidente que sus escritos conforman una filosa “espada” que se blandió sobre Bolívar y los republicanos. Díaz utilizó la prensa escrita como tribuna para la propaganda de guerra sin ningún tipo de escrúpulos en torno a una ética respecto a la verdad.

<sup>33</sup> El “Mito Bolívar” ha sido una de las construcciones político-ideológicas más exitosas producida por una historiografía al servicio del Estado. Tan exitosa ha sido, que la ficción ha llegado a suplantar a la misma historia.

<sup>34</sup> La obra en cuestión es su polémica: *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1961 (1ª ed.: Madrid, D. León Amarita, 1829).

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 575-576.

Como muy pocos, defendió los fundamentos filosóficos del Antiguo Régimen sobre Venezuela y fue coherente con esa posición a diferencia de muchos que hicieron del oportunismo un mecanismo de supervivencia<sup>36</sup>. Los panegiristas de Bolívar han cometido el grave error de juzgar los *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas* como obra escrita por un historiador, cuando en realidad, ese escrito representa un testimonio apasionado y atormentado de un hombre que lo sacrificó todo por la defensa de sus convicciones al lado de España y su Rey.

---

<sup>36</sup> Tales son los casos, hoy muy conocidos y documentados por sendas obras, del Marqués Casa León y el Marqués del Toro. Véase: BRICEÑO IRAGORRY, Mario: *Casa León y su tiempo*, Caracas, Monte Ávila, 1981, y QUINTERO, Inés: *El Último Marqués*, Caracas, Fundación Bigott, 2005.